

VIAJAR CON DIVERSIDAD FUNCIONAL

UNA DERIVA SOBRE LA PROPIA VIDA

Norah Barranco Martos

Muchas gracias a la organización, es un placer estar aquí de nuevo. Disculpen que no me quede otra opción que hacer esta comunicación en castellano. En este caso está realizada gracias a la generosa aportación de Jesús Caballero, no solo en la realización de la **deriva** sino en el apoyo incondicional en todos los procesos de este trabajo y de mi propia vida.

Decidimos viajar.

Entendimos de esa forma la propuesta para compartir en este Congreso, y lo hicimos como la experiencia viva del movimiento en un momento tan complicado para la Humanidad.

La primera dificultad era **¿dónde vamos?**, o mejor **¿dónde podemos ir?**

Teniendo en cuenta que estamos inmersos en un proceso mundial de pandemia y, en la parte que nos tocaba es ese momento, existía una legislación que imponía el confinamiento provincial perimetral. Así que elegimos un lugar que conociéramos poco dentro de la provincia, quizá la ciudad más bella de Jaén: elegimos Úbeda.

Aquí aparece nuestro primer desvío en el camino: **somos libres de elegir el viaje siempre y cuando nos ajustemos a la ley**, hablo de todas las aventuras asociadas a los viajes, incluyendo la propia existencia. Como decía un amigo *“haz lo que quieras mientras no acabes en el hospital, ni en la cárcel”*.

Nuestra deriva empezó desde el mismísimo momento que cerramos la puerta de casa. Un segundo sin ascensor: primer paso bajar las 22 escaleras que separan mi piso de la calle:

Atención plena, para no resbalar, equilibrio medido

-¿Necesitas ayuda?

- **No, hoy no, otros días igual sí. Gracias por preguntar.**

Coger la moto (a la que en adelante llamaremos *“Relámpago”* así la ha bautizado mi hija, pese a que la máxima velocidad que alcanza es de 6 km/hora), desatarla de la baranda, sacarla del portal, llevarla hasta el coche y primera intervención indispensable de la solidaridad: subirla al maletero del coche.

No siempre podemos con todo, estamos interconectados y en la ayuda se establece un vínculo doble: sentirte bien por ayudar, sentirte bien por ser ayudado y por permitir que la otra persona conecte con su altruismo.

Para quien tiene problemas de movilidad (sólo tengo una pierna) conducir el coche se convierte en un regalo de independencia, la sensación de estar en un espacio de movimiento en que la dificultad habitual se democratiza con respecto al resto de la humanidad. Conducir se convierte en una fantasía de independencia, de libertad en lo físico, de seguridad.

Llegamos a Úbeda a media mañana.

Otra vez el esfuerzo físico solidario para bajar a *“relámpago”* del coche (Es decir, Jesús sacando músculo). **Comenzamos el camino**

- **¿Por dónde vamos?**

- Por donde se pueda y menos duela ¿puede haber mejor metáfora de la vida?
- Al centro.



Grabamos nuestro primer paseo desde las dos alturas panorámicas del itinerario. A la altura de los ojos de ambos. **El recorrido puede ser el mismo, pero ni lo que vemos, ni lo que percibimos es igual.**

Llegamos al casco antiguo buscando las aceras mejor embaldosadas para que el movimiento sobre piedras de las ruedas de la moto no supusieran una dolorosa carrera de obstáculos que pagaran mis riñones y partes nobles. Sin rumbo, tan solo tratando de salvar obstáculos nos adentramos en callejuelas, en una de ellas no quedaba más remedio que seguir pese a las dificultades que el adoquinado implicaba. Una cosa es que se estreche la acera, otra que se estreche la calle (y sea necesario un acto de fe para que no venga ningún coche o esté manejado por alguien con la calma suficiente como para no atropellarme) y otra que no quede más remedio que adentrarse en este terremoto que sufre el cuerpo ante las irregularidades del pavimento.

Si no queda otra...hay que atravesar la carrera de obstáculos, voluntariamente no lo haría... pero hay va la vida o el urbanismo poniendo callejones sin salida que no queda más remedio que afrontar si no quiero *quedarme inmóvil al borde del camino* (como diría Benedetti).

Más pendientes del camino y del descubrimiento que de la expectativa de llegar a ningún lugar concreto, prestamos atención a las dificultades y a las sorpresas. Nos topamos con la Sinagoga del Agua, un lugar emblemático para cualquiera que conozca algo del pasado sefardí de Jaén, pero para mí un lugar conocido de un tiempo en el que mi movilidad era mayor y la Maestra de Kabala nos llevaba allí a hacer meditaciones. ¡Que alegría de encuentro! Intentamos entrar pero no estaba adaptada ni la puerta de entrada siquiera. El resto del edificio mucho menos, las personas que trabajaban allí no nos dieron ninguna alternativa, ni siquiera para prestar ayuda: *es inaccesible*. Fin de la conversación.

Regresamos a nuestro paseo, en mi caso con el recuerdo de aquel lugar, en el de Jesús ...no sé...el se perdió la visita para no dejarme sola afuera.



La deriva desembocó en una soleada plaza con terrazas, nos sentamos en una bar, en ese espacio, ya sentados, se iguala la situación...o no: yo fumo allí mismo, Jesús se tiene que levantar de la mesa por las medidas Covid, alguna ventaja a veces no viene mal.

¿Como te has sentido? Me pregunta Jesús, yo me siento como muchas otras veces: he disfrutado de lo que hemos ido encontrando pero con la atención dispersa por la necesidad de buscar caminos accesibles.

- ¿Y tú Jesús? ¿Cómo te has sentido tú?
- Bien, pero con la responsabilidad de ir buscando lugares fáciles para tí.

Así empezó una larga conversación en la que empezamos hablando sobre el altruismo. Acompañar a cualquiera en un viaje (circunstancial o vital), incluye aceptar que cada cual lleva **una mochila de limitaciones**, y que quizá compartirlas nos permite descubrir lugares (internos y externos) más amables de saborear porque se generaran desde lo compartido, desde la complicidad o simplemente como nueva perspectiva (algo que siempre amplía la mirada y la mente).

Hablamos sobre los ritmos de cada cual; sobre la necesidad de hacer un esfuerzo común para ajustar esos ritmos; sobre las personas que no son capaces de hacerlo, sobre las que sí; sobre otros viajes en los que mis acompañantes han disfrutado de cosas que yo no, pero yo he vivido con mucha más intensidad cada descubrimiento; sobre el tiempo que nos tomamos para disfrutar de lo que encontramos; sobre las **“agendas para viajar”** y mi imposibilidad de tenerlas porque no sé en que lugares tendré que quedarme fuera o ver de lejos; y sobre como cada cual reacciona de una manera distinta en el acompañamiento: desde la preocupación a la conversación, desde el enfado al relax...ni bueno, ni malo, otro ritmo completamente distinto. Aunque finalmente, esa analogía con la propia vida, nos ofrece un retrato de los valores del acompañante, de su individu-

lismo, su compasión, su necesidad de productividad o de la de disfrute. Un examen interior sobre como afrontamos la vida y qué parte dedicamos a tan solo permitirnos fluir, como en esta propia deriva.

Después de unas cervezas seguimos camino, encontramos la imponente Plaza del Salvador casi desierta, espectacular. La cruzamos por la zona de acerado más suave y nos quedamos absortos ante la fachada. No sabríamos explicar como llegamos hasta allí, imposible de trazar en un mapa, las calles nos llevaban en función de la dureza del adoquinado, pero llegamos, quizá no seguimos el itinerario convencional, no tenemos ni idea, pero allí estábamos, con lo cual la sorpresa era mucho mayor.

El no tenía frío, lógico estaba caminando desde hacía horas, yo sí, mi movimiento era estático, mi cuerpo no estaba en ningún otro ejercicio que el del traqueteo.



Regresamos por intuición al centro, nos desviamos en algunos momentos, pero nos resultó fácil retomar el camino de vuelta. Desde allí al coche que habíamos dejado a la entrada del pueblo, en el primer aparcamiento reservado para personas con movilidad reducida que encontramos.

Cargar a relámpago, arrancar, volver.

No creo necesario desmenuzar la analogía entre esta deriva sobre el concepto de los viajes teniendo en cuenta las dificultades de la movilidad reducida con las del viaje en la vida, basta añadir que cada persona tiene un “movilidad reducida” en su propio concepto de la libertad interior, y que todos los viajes van a estar condicionados por ella. Además no somos islas de manera que la interrelación con las personas que nos acompañen rediseñan de forma permanente el paisaje, la

percepción, los sentidos, las capacidades y el amor con el que decidimos disfrutar de lo compartido será la verdadera esencia del viaje. Si optamos por vivirlo como etapas de un campeonato permanente es posible que lleguemos a la meta antes, pero allá cada cual con su soledad interior en la que no hay triunfos que celebrar, porque no hay con quien hacerlo. La otra posibilidad es sintonizar el viaje con quien nos toque compartirlo y reírnos de los límites que todos y todas tenemos, aunque no siempre sean tan evidentes como una ausencia de pierna



El camino de vuelta de nuestra deriva nos llevó a la música común, al análisis, a un campo espectacular de flores moradas al borde la carretera...a reflexiones sobre la importancia de salirnos del contexto habitual para redescubrir nuestros potenciales en la creatividad de manejarnos en lugares no conocidos y alejados del habitual control social de nuestros habituales entornos...pero esa es otra historia: distanciarnos de la rutina para vernos desde otro ángulo más libre..eso quien sea capaz de hacerlo, claro...